

Marías o el 'thriller' cervantino

La gracia o el arte novelesco reside en el capricho digresivo y no en el tiempo cerril y convencional.

CÉSAR PÉREZ GRACIA

JAVIER MARÍAS, *ASÍ EMPIEZA LO MALO*, ALFAGUARA, MADRID 2014.

MARÍAS O EL 'THRILLER' ILUSTRADO

Sin buenos personajes una novela no vale un camino. *Así empieza lo malo* tiene dos o tres personajes ricos de aventura, el siniestro Dr. Van Vechten, el profesor Rico, Beatriz Noguera. Pero, no vayamos tan deprisa, a estos tres pájaros novelescos los conocemos a través del narrador Juan de Vere, una especie de isabelino de Chamberí, trasunto acaso del propio autor, Javier Marías. La acción transcurre en pleno Barrio de Salamanca de Madrid, donde vive hacia 1980 el cineasta Eduardo Muriel y su esposa Beatriz Noguera. Un Madrid sin ley de divorcio todavía, a caballo casi entre la novata e incipiente democracia y la sórdida tufarada del tardofranquismo. La verdad es que la novela podría suceder en cualquier capital europea, apenas hay dos o tres pinceladas localistas, una cita en Chicote, un hotel de toreros, un santuario ultra en los altos de Serrano.

GRACIÁN EN LA RAE O EL MORALISTA INSOMNE

La verdad es que JM es un escritor escurridizo como una anguila. Me refiero a su estilo multiusos. Huye como de la peste del casticismo. Daré un ejemplo. Ha sido traductor de Browne, prosista barroco de Oxford. Bueno, pues uno está leyendo las aventuras de la familia Muriel y, de pronto, lee una frase que podría ser, casi calcada, de Gracián: "Vamos de engaño en engaño...y el último lo damos por cierto". Como yo admiro al discípulo jesuita, y llevo media vida leyendo a JM, me quedo estupefacto. Me imagino a Marías con bonete en la RAE y me entra la risa.

"Uno presta poca atención a sus cambios". Esta podría ser una reflexión de Montaigne, que se jactaba de cazar *le passage* del ser, un Erasmo del impresionismo. "A medida que transcurren los años y nos envuelven los sucesos, a medida que tomamos o descartamos opciones...". Esta tonalidad narrativa, este ritmo discursivo, me recuerda la prosa de su padre, don Julián Marías, cuyo centenario celebramos este año. Pero si lo pienso mejor, quizá es la estela del Proust traducido por Salinas, reseñado por Ortega o por López Ballesteros, el traductor de Freud.

IRISACIONES MARIESCAS

La relación entre Muriel, el tuerto horizontal, y su escudero o lazarillo De Vere, se nos presenta como una realidad constantemente desdoblada, especulativa, como si ambos hablasen en clave hermética, o por mejor decir, como si ambos fuesen conscientes, quizá por ser gente del cine, que las palabras revelan tanto como ocultan, por no hablar del humor tácito de un cineasta tuerto, ese Muriel-John Ford, que fuma en pipa como Holmes. En suma, la novela desprende constantemente una suerte de dialéctica novelesca irisada. No es el más flojo enigma que Muriel tilde a su mujer Beatriz de foca a lo Shelley Winters y que el joven De Vere la perciba como un monumento carnal, una Senta Berger, actriz vienesa de formas opulentas. Por no hablar del apellido rústico, Noguera, de la esposa de Muriel, tan similar al de Aldonza Nogales en la novela cervantina. Si el juego Dulcinea-Berger y Aldonza-Winters es deliberado o no, averíguelo el Bachiller Carrasco.

MAL AÑO PARA EL LAZARILLO

“En aquel instante desperté de la simpleza”. Esta frase del *Lazarillo de Tormes* suena casi al despertar kantiano del sueño dogmático. Pero ha corrido mucha agua del Tormes entre el siglo del Lazarillo y el siglo de Kant. En todo caso, esa expresión, despertar de la simpleza, revela a un Erasmo del Tormes, a un Montaigne del Tajo. El padre Sigüenza atribuía la pieza a un tal Ortega, fraile de Yuste, confesor acaso del Emperador. “Vamos de engaño en engaño... y el último lo damos por cierto”. Esta frase-aforismo parece calcada o sacada de *El Criticón*, de Gracián, y sin embargo aparece en *Así empieza lo malo*, título como de novela negra, pero sacado de *Hamlet*. La autobiografía fingida tiene muchísima miga. Ese aire de confesión poco o nada fiable, tan cara a las narraciones de Henry James, suerte de picaresca victoriana, forma parte esencial del género predilecto de Marías, desde su invención de narrador desterrado de *Todas las almas*. “Cuando uno no para de viajar, acaba por sentirse forastero en su propio país”, nos confiesa Descartes en su novelesco *Discurso del método*. Pero este oficio o mester de humanistas narcisos tiene linaje milenario. “La voluntad y los deseos generan sus propias leyes”, declara Montaigne en sus *Ensayos*, que WS se sabía de memoria. “Así empieza lo malo y lo peor queda atrás”. “Llegan los correos exhaustos del Rumor... atestando de patrañas los oídos de los hombres”. “En nuestro fuero interno palpita la verdad”, escribió Augusto de Hipona. Todos los grandes del pasado se han leído unos a otros como posesos. De modo tal, que sin darse cuenta, se parafrasean como en una infinita galería de espejos. A todos les abruma la misma dolencia o comezón, se pasan la vida haciendo tiempo y el tiempo mismo los deshace. Cuando uno se pasa la vida ante el espejo, vino a decir Baroja, acaba por confundir su cara y su careta. El rostro y la máscara.

CIRUELO DE INDIAS

En todo relato narra más el contexto que el texto, de ahí que la gracia o garbo del narrador consista en saltarse a la torera los tiempos muertos o tediosos en que suele incurrir el narrador poco ducho. La monja del santuario de Serrano parece brotar del Arcipreste de Hita o de Gonzalo

de Berceo. El *doggy* que Van Vechten lleva a cabo con Madame Muriel podría ser un pasaje verderón del *Decamerón* o del Hitchcock más sensual pero la perspectiva acrobática o circense del joven De Vere, encaramado al ciruelo de Indias, transmuta la escena en una página paródica de digamos Nabokov o incluso del Benet más afín a Groucho Marx. Y así sucesivamente. La novela mariesca es una batalla continua contra los molinos de viento del realismo más ramplón y tosco de la literatura española contemporánea. En el sentido del naturalismo castizo degradado que va de Galdós a Cela y epígonos mil. Otro cantar es el realismo alucinatorio o fantástico cervantino, donde las cosas nunca están ni quietas, ni claras, ni previsibles.

LA ESTRUCTURA DIGRESIVA O EL OXÍMORON CERVANTINO

Cervantes demuestra en sus ventas manchegas una noción de contrapunto novelesco digno de Flaubert. A veces se congregan seis o doce personajes en una página, cada uno hijo de su padre y de su madre. “A música de rebuznos, contrapunto de palos”. Ahí tenemos un aforismo cervantino, de ruda ironía, que invita a pensar que Cervantes acudía a las Descalzas para escuchar los motetes de Tomás Luís de Victoria, cima del contrapunto renacentista en Roma y Madrid. Razón tenía Américo Castro al postular un Cervantes docto y no un ingenio lego. “No te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles”. Advierte Maese Pedro, y contrapone el canto llano o línea recta del relato, al contrapunto disparatado. Esto demuestra que Cervantes sabía bien de qué hablaba, y acaso convivió en Roma, cuando fue paje del cardenal Acquaviva, con Victoria, maestro de capilla en la Sixtina. ¿Es la digresión un capricho narrativo o es la esencia misma de la novela? Progreso mientras soy digresivo, afirmó Sterne, el mejor heredero cervantino del XVIII. Quizá lo que enturbia el concepto de digresión es una visión dogmática del tiempo lineal como forma suprema de narración. Cervantes suspende el tiempo cuando quiere y eso mismo hace Sterne, y es la escuela favorita de Marías, traductor de Sterne. La gran digresión es suspender el tiempo por real gana, detenerlo en

seco, y torearlo con garbo feliz, para volver luego al curso rutinario de la narración. Y si es así, la gracia o el arte novelesco reside precisamente en el capricho digresivo y no en el tiempo cerril y convencional. Siempre es mejor el camino digresivo que la posada previsible y aburrida. En AEM se avanza con gracia digresiva a cada paso, el episodio del republicano gay en Boston; el viaje en taxi de Celia hasta la calle Batalla de Watteau, o algo parecido; Bettina en la Academia de San Fernando, ante *El sueño barroco* de Pereda; la biografía del isabelino De Vere, conde de Oxford. El Museo del Prado conserva una displicente condesa de Oxford, por Van Dyck.

HISTORIA UNIVERSAL DE LA PERPLEJIDAD

No sé hasta qué punto la lectura como placer está reñida o no con la lectura que invita a pensar. En *Así empieza lo malo* quizá se hace patente de modo más tangible esta disyuntiva constante en las novelas de Marías. Pero esta impresión tiene el peligro de mermar el placer literario en aras de una lectura intelectual que quizá nos deje a dos velas. Y este sería el peor negocio. Ni leemos a gusto ni obtenemos una idea clara. Muchas veces se tiene la tentación de explicar tal o cual pasaje novelesco con un pensador de campanillas o al revés. Y yo soy el primero que suelo hacerlo. Pero ahora caigo en la cuenta de que quizá es una estupidez.

En AEM puede uno cavilar sobre la novela como espejo supremo de la contingencia. Y entonces el cacao mental está servido en bandeja. Puede uno indagar en Aquino, en Leibniz, en Rorty. Y vuelvo a repetir, perdemos el placer de la lectura *tout court*, y nos metemos en un jardín espantoso. No hay cosa más ridícula que fingir una pose intelectual. Y si uno no es completamente majadero, nunca es tarde para reconocerlo y obrar en consecuencia. De modo que con las novelas de Marías, y en especial con esta última, podemos caer en la tentación de creer que estamos a su mismo nivel analítico contingencial o novelesco. Y al menos yo, tengo mis dudas. La novela nos cuenta una historia, pero la complejidad y profundidad de su campo novelesco es otra historia bien distinta.

En el mundo de la historia del arte es un obviedad cerril que ningún artista llevó a buen término todos sus proyectos, en los casos más excel-

sos, ni siquiera al cincuenta por ciento. Por ejemplo, Miguel Ángel o Leonardo. Pues algo similar sucede con esta novela, somos conscientes de que hay novelas paralelas o espectrales pululando en torno a la novela que estamos leyendo. Hay otras novelas posibles pero están latentes en la que estamos leyendo. Da la impresión de que el pensamiento novelesco, bautizado así por el propio Marías, alcanza aquí una cima de otro orden, como si explorase atmósferas novelescas de otra magnitud distinta a la de *Tu rostro mañana* o *Todas las almas*. No es flojo arte este arte de sugerir el bronco misterio que ronda al narrador desdoblado de esta novela de Marías. Es un joven que se ha hecho adulto y que no sabe bien en qué mundo vive. Le pirran las mujeres –Celia, Bettina, Beatriz, Susana–, pero esa fascinación tiene un precio considerable, se paga con la propia vida. Todas las horas hieren, pero la última mata. Algo así sucede en esta novela memorable. Somos conscientes del paso del tiempo de una forma a la vez jovial y melancólica. El deseo, la belleza, la vida transcurre como un río lento y poderoso. A veces pasamos ese río por vados o puentes seguros, pero no siempre, no siempre, a veces somos arrastrados como pieles por el ciego empuje de las pasiones más feroces y oscuras. Hacernos ver el iceberg esquivo y penumbroso de la realidad no es floja tarea. Y es posible que en AEM el gran novelista de Madrid haya explorado mares nunca antes navegados. Nietzsche abogaba por la necesaria y oxigenante ración de encanallamiento del espíritu, y Rimbaud descubrió, que su caos espiritual era sagrado, algo de ambas certezas audaces, se desprende de la jovialidad canalla de De Vere, y en último sentido, su radical indigencia moral se erige acaso en correo exhausto bajo la indolente y ominosa luna. *Así empieza lo malo*, de Javier Marías, supera con creces las expectativas de un lector atento y cultivado.



CÉSAR PÉREZ GRACIA ES ESCRITOR.